

poder civil. La victoria de la Iglesia fué, sin embargo, más brillante. Edificó sobre los principios del cristianismo una ciencia nueva, se apoderó de la cultura pagana para transfigurarla, abatió la falsa sabiduría con sus Concilios generales y con la pluma de sus grandes doctores, persiguió, en fin, hasta sus últimas trincheras á las herejías, que tantas veces sirvieron de obstáculo á su marcha, y que produjeron los más terribles combates.

Todos los esfuerzos de la ciencia y del arte, todos los elementos del culto, del ascetismo y de la disciplina que hemos visto en el período precedente, no sólo se conservan sino que despliegan toda su riqueza. La constitucion eclesiástica se robustece en el exterior á pesar de los asaltos que le dirige la ambicion humana. Los Príncipes de la Iglesia ganan en influencia y se aprovechan de ella para favorecer los progresos de la libertad general en el seno del despotismo, y los de la moral en el seno de la barbarie. El poder de la Iglesia se extiende mucho más allá que el de los emperadores romanos, y sobrevivió á la caída del Imperio de Occidente, así como á la inundacion de los pueblos bárbaros, cuyos efectos modera.

La Iglesia ejerce esta influencia regeneradora sobre las naciones mismas que viven más allá de las fronteras del antiguo Imperio romano; se acomoda á las instituciones de todos los pueblos, á sus costumbres, á sus leyes, y sólo rechaza lo que contradice á la ley de Dios<sup>1</sup>.

Mientras que en su gloriosa carrera se desenvuelve así la Iglesia interior y exteriormente, se ve debilitada y detenida por la apostasia de provincias enteras que se apartan de su unidad, y por las conquistas del islamismo en Oriente. El teatro de los acontecimientos importantes se muda de día en día, y pasa de Oriente á Occidente. En Oriente está la servidumbre y el estancamiento; en Occidente desenvuélvese entretanto la libertad, la energía vital con magnificencia siempre nueva. La fuerza de las cosas proporciona á la Santa Sede un poder exterior en relacion con su destino universal y su vocacion sublime.

<sup>1</sup> Aug., *De Civ. Dei*, XIX, xviii.

## CAPÍTULO PRIMERO

HISTORIA EXTERIOR DE LA IGLESIA.—SU VICTORIA EN EL IMPERIO ROMANO Y SU PROPAGACION AL EXTERIOR.

§ 1. La Iglesia bajo los emperadores paganos. — Caída del paganismo. Constantino y sus hijos.

Constantino el Grande.

1. Constantino, educado en el paganismo, era probablemente dado al neoplatonismo y al culto de Apolo. Favorable desde luego á los cristianos, por consecuencia de las impresiones que había recibido al contemplar su firmeza, fué fortalecido en estos sentimientos por su piadosa madre Santa Elena. No solamente no miraba al cristianismo como una amenaza contra su autoridad, sino que comprendía también la imposibilidad de extirparlo, y esperaba encontrar en él recursos que le ayudasen eficazmente á ejecutar sus planes y robustecer sobre nuevas bases el imperio careomido y vacilante. A medida que observaba los ventajosos efectos de sus primeros edictos, y se familiarizaba con los cristianos, especialmente con los Obispos, mostrábase más inclinado hácia la nueva religion. Había comenzado por ponerla en las mismas condiciones legales que al paganismo, y bien pronto pensó en hacerla religion del Estado. Procedió desde luego con extrema cautela, y creyó oportuno el no romper por entónces de frente con el paganismo. Conservó, aunque no fuese más que por ejercer su inspeccion sobre el sacerdocio pagano, el título de gran Pontífice (*Pontifex maximus*); observó tambien ciertos usos del paganismo, otorgando al mismo tiempo á los cristianos numerosos favores, y manifestando claramente su predileccion hácia ellos.

En Oriente, por el contrario, Licinio ponía toda su confianza en los paganos, y extremaba las vejaciones contra los fieles; separábalos de los cargos públicos; limitaba el ejercicio de su culto, y hasta los hacía perseguir abiertamente. La lucha que estalló entre los dos soberanos, fué una verdadera guerra de religion. Licinio, que era dado á la magia, y se hacía prometer la victoria por los oráculos, tenía enfrente de sí á Constantino, que llevaba el signo de Cristo en sus estandartes, é iba rodeado de Obispos al campo de batalla: de él aguardaban su libertad los cristianos orientales. Esta vez tambien, ó sea en 323, Constantino venció cerca de Bizancio; un año despues, Licinio perdía al mismo tiempo el



imperio y la vida, y Constantino reinaba solo ya en todo el Imperio romano. Los emblemas del paganismo desaparecieron entónces de sus monedas, y se declaró abiertamente en favor del cristianismo, dilatando, sin embargo, hasta el fin de su vida el bautizarse, so pretexto de recibir el bautismo en el Jordan.

En 324, Constantino manifestó el deseo y la esperanza de que todos sus súbditos renunciasen á la superstición pagana, y aceptasen la doctrina del único verdadero Dios. Confió á cristianos los más importantes cargos civiles, é hizo educar á sus hijos en el cristianismo; encargó á Lactancio la educacion de su hijo Crispo; construyó muchas iglesias magníficas, que dotó con pingües rentas, y se dedicó por su parte á la conversion de los paganos, de los cuales muchos se rindieron á su llamamiento por motivos completamente profanos.

#### El Imperio romano bajo Constantino.

2. Bajo Constantino, el Imperio romano se rejuveneció. Establecióse nuevos cargos en la corte; la legislación se impregnó de elementos cristianos, y la administracion de las provincias fué sometida á nuevos reglamentos. Constantino dividió el Imperio en cuatro prefecturas, cada una de las cuales comprendía muchas diócesis: 1.º la provincia de Oriente, que abarcaba á Tracia, el Asia Menor, Capadocia y Ponto, Siria y Egipto; 2.º la provincia de Iliria con Macedonia y Dacia; 3.º la provincia de Roma con Roma, Italia, la Iliria occidental y el África; 4.º la provincia de las Galias con España y la Gran Bretaña. Abandonando á Roma, donde la nobleza permanecía muy adherida al paganismo, Constantino escogió por residencia imperial á Bizancio, situada sobre las riberas espléndidas del Bósforo. La llamó Constantinopla, y quiso hacer de ella una nueva Roma igual á la antigua por la suntuosidad de sus edificios, por sus calles, su pompa y su magnificencia, pero á la vez absolutamente cristiana, hermoseaada con espléndidas iglesias y habitada sobre todo por cristianos.

En 11 de Mayo de 330 la nueva capital fué solemnemente inaugurada. Esta traslacion de la residencia imperial tuvo importantes consecuencias: por una parte, el Pontificado romano podía desenvolverse con mayor libertad; y por otra, la antigua Roma adquiría una rival poderosa. Los emperadores que residieron en la ciudad nueva, fueron demasiado inclinados á intervenir en las disputas de los orientales, á impregnarse de su espíritu, á alejarse de los occidentales, á familiarizarse con el despotismo asiático y á ponerlo al servicio de partidos astutos, como el mismo Constantino lo demostró con respecto á los arrianos.

#### Medidas de Constantino contra los paganos.

3. Desde entónces se procedió con más vigor contra el culto pagano, y sobre todo contra aquellos templos que eran sentinas de orgías y servían para engañar al pueblo. El emperador intentó restringir por lo ménos el culto de los ídolos. Prohibió los sacrificios clandestinos ó privados, donde fácilmente podía mezclarse el crimen, y vedó á los gobernadores participar de los sacrificios públicos. Si prohibió absolutamente toda clase de sacrificios, lo cual es dudoso, su decreto no fué ejecutado. Los paganos eran todavía demasiado poderosos. Sin embargo, hubieron de resignarse á ver cerrados casi todos sus más célebres templos, otros destruidos, y gran número de ellos convertidos en iglesias cristianas. Muchas estatuas de los ídolos fueron derribadas y hechas polvo, mientras que las iglesias cristianas desplegaban todo su brillo y parecían insultar, al decir de los paganos, la ruina de los antiguos dioses. El emperador, persuadido de que el paganismo era la fuente de todas las aberraciones de la humanidad, se creía llamado por la Providencia para extirparlo insensiblemente, si bien no podía ni quería abolirlo en todos los lugares por medio de la violencia. Los sabios de la escuela neoplatónica, los sacerdotes idólatras habituados á sus privilegios, muchas antiguas y distinguidas familias, y diversas clases de la poblacion inferior eran aún muy adictos á la religion antigua y tradicional de los romanos.

#### Cualidades y defectos de Constantino.

4. Por notable que haya sido, bajo muchos aspectos, el reinado de Constantino ofrece tambien gran número de faltas que no es lícito disimular: 1.º Constantino permaneció hasta el fin de su vida fuera del seno de la Iglesia, y solamente en su última enfermedad, á la edad de sesenta y cinco años, fué cuando recibió el bautismo de manos de un Obispo arriano. 2.º Esclavo de sus pasiones, hizo morir á Liciniano, hijo de Licinio, así como á su propio hijo Crispo, jóven de excelentes prendas, nacido de su primer matrimonio, y despues á su segunda mujer Fausta, que, por lo demás, había contribuido en mucho á estos actos de barbarie. Colérico y ambicioso, cruel con algunos hombres de mérito, fué además accesible á la adulacion y á las intrigas, principalmente en sus últimos años. 3.º Coartó muy á menudo, por instigacion de los partidos heréticos (donatistas y arrianos), la libertad de la Iglesia, lo cual era tanto más peligroso cuanto que sus beneficios, verdade-



ramente excepcionales é inesperados, debían ganarle el corazón de los cristianos. Falto de principios sólidos en su política religiosa, con frecuencia pensó en fundir en una todas las religiones, y su conducta vacilante fué causa, contra sus designios, de grandes perjuicios para el cristianismo.

Sin embargo, Constantino no ha merecido ménos por sus raros servicios el nombre de Grande y la gratitud del mundo cristiano. Los griegos llegan hasta tributarle culto como santo. Eusebio de Cesárea le ha exaltado más allá de toda medida, mientras que otros le han despreciado injustamente. Dotado de prodigiosa actividad, circunspecto, grande en sus empresas, fué en los primeros tiempos de su reinado un príncipe excelente; más tarde mostró ménos moderación y equidad. En su lecho de muerte, en el suburbio de Ancyrona, cerca de Nicomedia, intentó reparar muchas de sus faltas; permitió la vuelta á hombres que había desterrado injustamente, é hizo gran número de legados á las Iglesias, y especialmente á la romana. Murió con excelentes disposiciones y deshaciéndose en acciones de gracias ante el Señor (22 Mayo 337).

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 1-4.

Eus., Vita Const., I, LIV; Hist. eccl., X, 8 et seq.; Socr., I, 3, 18; Soz., I, 8, V, 5; Eumen., in Panegy., an. 310, esp. xxx; Eutrop., X, 7; Zosim., II, 29; Vict., Epist. xii, 15; Liban., Or. pro templis; Theod., Hist. eccl., V, 21. Leyes de 319 (Cod. Theod., IX, xvi, 1, 2), de 321 (ibid., X, x, 1; XVI, x, 1, Cf. seq.). — Gusta, Vita di C. M. Foligno, 1876; Martini, Ueber die Einführung des christl. Religion als Staatsreligion im römischen Reiche durch K. Const., Munich, 1813; Manso, Leben Const. d. Gr., Breslau, 1817; Kist, De commutatione, quam Const. auctore chr. socii, Traj. ad Rhen., 1818; Hug, Denkschr. z. Ehrenrettung Const. (Züfchr. f. die Geistlichkeit des Erzbisth. Freiburg, 1829, III); Heintichen, Excurs. I in vitam. Const., in ed. Euseb. Cæs.; Arendt, Ueber Const. d. Gr. u. sein Verhältniß z. Christenthum (Tub. theol. Q.-Schr., 1834, III); Arth. Beugnot, Historia de la destruction del paganismo en el Imperio de Oriente, Paris, 1856; Burkhardt, Die Zeit. Const. d. Gr., Basel, 1853 (muy exclusivo y hostil á la Iglesia); Lassaulx, Der Untergang des Hellenismus und die Einziehung seiner Tempelgüter, Munich, 1854; Alb. de Broglie, la Iglesia y el Imperio romano en el cuarto siglo, Paris, 1856, 1 vol.; Néve, Constantino y Teodosio ante las Iglesias orientales, Lovaina y Bruselas, 1857.

Sobre las construcciones del emperador, Ciampini, De sacr. ædificiis a Const. M. extractis, Roma, 1693, in-fol.; Unger, Bauten Const. d. Gr. am hl. Grabe. Göttingue, 1866; Schegg, Die Bauten Const. über das hl. Grabe, Göttingue, 1867. Sobre la ciudad de Constantinopla, véase Hammer, Constantinopel, t. I. Mi obra, Photius, t. I, p. 3 y sig.

Los hijos de Constantino.

5. Los tres hijos de Constantino, de los que ninguno fué testigo de la muerte de su padre (Constantio asistió á su inhumacion en la iglesia de los Apóstoles de Constantinopla), se dividieron el Imperio conforme á su última voluntad. Constantino II obtuvo el Occidente, la prefectura de las Galias; Constante, las de Italia é Iliria; Constantio, el Oriente. Muchos individuos de la familia imperial fueron eliminados por la violencia, y los tres hermanos no se entendieron entre sí. En 340, Constantino II perdió la corona y la vida cerca de Aquileya en un combate con su hermano Constante, que reinó desde entónces sobre todo el Occidente. Ambos emperadores publicaron en 341 una ley severa contra los sacrificios paganos; querían, segun manifestaban, poner término á la supersticion, destruir la locura de los sacrificios y hacer ejecutar rigurosamente la ley de su padre. Sabios cristianos, tales como Materno (Julio Firmico), persuadieron á los emperadores á desplegar más severidad contra el culto inmoral y corruptor de los ídolos, que contaba siempre gran número de partidarios.

Constante fué muerto sobre la frontera de España por los soldados del usurpador Maguencio; Constantio, á su vez, derrotó á este último cerca de Mursa, y reinó solo desde 350 hasta 361. En 353 ordenó bajo pena de muerte la clausura de los templos y la abolicion de los sacrificios, amenazando con duras penas á los funcionarios negligentes. Estas prescripciones rígidas fueron renovadas en lo sucesivo sin ser en todas partes observadas. La persecucion reanimó las fuerzas del paganismo espirante. Mientras que el emperador hacía destruir los templos ó los daba á los cristianos, no se oponía á que las escuelas más célebres, y por consecuencia, todo lo que constituía la instruccion de las clases elevadas, permaneciesen en manos de los sofistas paganos y de los filósofos neoplatónicos. Continuaba igualmente, por la misma inconsecuencia, proveyendo las plazas vacantes de los sacerdotes paganos.

Como Constantio se mezclaba mucho más que su padre todavía en los asuntos religiosos, é intentaba asegurar la preponderancia del arrianismo, se atrajo á la vez la aversion de católicos y gentiles. En sus guerras con los persas, casi siempre fué desdichado. Muchos rivales disputáronle la corona imperial: Maguencio en las Galias é Italia; Bertracion en Iliria; Nepociano en Roma. Constantio no tenía hijos; siendo sus más próximos parientes los nietos de Constantino el Grande, Galo y Juliano, que habían sido perdonados en el asesinato de los miembros de su familia, el primero á causa de una enfermedad reputada



mortal, y Juliano, por su juventud. Constantino creó César á su sobrino Galo, y despues le condenó á muerte por sospecha de alta traicion. Juliano, el más jóven de los hermanos, fué sometido á estrecha vigilancia; sin embargo, Constancio le hizo César y le envió á la Galia contra los bárbaros. Juliano alcanzó allí una victoria, y fué proclamado Augusto por su ejército. Temiendo por su vida y su imperio, Constancio se hizo bautizar por el Obispo arriano Euzoio, y se preparó á marchar contra Juliano. Murió en el camino, víctima de un ataque apoplético, entre Capadocia y Cilicia, cerca de las fuentes del Mopso (3 Nov., 361), á los cuarenta años de edad y venticinco de reinado.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 5.

Euseb., In proemio vite Const. Socr., I, 39 et seq.; II, 5, 25, 32, 46; III, 1, et seq.; Sozom., II, 34; III, 2; IV, 7; V, 1 et seq.; Theod., I, 33; II, 4; III, 1. — Ley de 341 (Cod. Theod., XVI, x, 2, 3); 353 (ib., lib. IV, XII, 1, 46). — Jul. Firm. Maternus, De errore profanar. religionum, Vindob., 1867; Corp. Script. eccl. lat., vol. II, p. 77 et seq.; Th. Rüdiger, De statu et conditione paganor. sub. imperat. christ. post Constantin., Vraislav., 1825; Tzschirner, etc. (más abajo I, § 80). Lübker, Fall. des Heidenth., Schwerin, 1856.

La reaccion pagana bajo Juliano.—Juliano.

6. La subida de Juliano al trono reanimó las esperanzas de la faccion pagana; y en efecto, este principe puso por obra todos los medios para satisfacerlas y extirpar al cristianismo del cual había apostatado. Su desercion de la Iglesia cristiana se explica á la vez, ya por la educacion pagana que había recibido, y por las persecuciones que sufrió en su juventud, ya por sus tendencias ambiciosas que alimentaban con cuidado los sabios del paganismo, ya por las circunstancias exteriores en que vivió, y en fin, por las condiciones de su carácter. Su madre, Basilina, había muerto poco tiempo despues de su nacimiento, y su padre había sido, segun hemos visto, asesinado por orden de Constancio, con otros muchos parientes. Fué educado no sólo por extranjeros, sino por paganos fanáticos, y sobre todo, por el eunuco Mardonio, miembro de su familia materna, el cual aspiraba á entusiasmarle con los dioses de Homero y Hesiodo, y á exasperar el resentimiento que conservaba contra los emperadores cristianos, por las injurias que habían causado á su familia. El emperador Constancio había procurado que se le educara cristianamente en Macellon, ciudad situada en una campiña solitaria de la Capadocia.

A la edad de veinte años, miéntras que su hermano Galo estudiaba en Éfeso, Juliano frecuentó la escuela de Constantinopla bajo la direccion de su ayo el astuto Mardonio: sus primeros maestros fueron el gra-

mático Nicoclés y el sofista Ecebolio. Habiéndose esparcido por el pueblo el rumor de que estaba ya en aptitud de reinar, Constancio entró en celos, y le envió (351) á Nicomedia al lado del Obispo arriano Eusebio, encargado de continuar su educacion. Constancio le prohibió asistir á las lecciones del sofista Libanio, que se encontraba allí á la sazón. Juliano eludió de esta prohibicion leyendo furtivamente los escritos de aquél, y entrando en relaciones con Máximo de Éfeso, filósofo neoplatónico. Con estas cosas, se acrecentó su odio al cristianismo y su deseo de reinar. Como temia á Constancio, se ocultó bajo las apariencias de la más ferviente piedad, se vistió con hábitos monacales y se hizo nombrar lector de la Iglesia de Antioquia, porque el emperador, que queria apartarle del gobierno, le había destinado al estado eclesiástico. Su hermano Galo, que le visitó en Nicomedia, despues de nombrado César, le exhortó á mostrarse constantemente fiel á la religion cristiana, como él mismo lo hacia, pero no produjo este aviso en su ánimo impresion alguna.

Asesinado Galo en 354, Juliano fué vigilado más rigurosamente que nunca por orden de Constancio, pero él se sustrajo á sus guardias. La emperatriz Eusebia descubrió su asilo, y trabajó con tanto éxito en su favor, que obtuvo para él licencia de estudiar filosofia en Atenas. En esta ciudad tuvo por condiscípulos á San Basilio y San Gregorio Nazianceno, que más tarde fueron célebres Obispos. Juliano ostentaba orgullosamente su manto de filósofo, y como el emperador no tenia hijos varones, todos los sectarios del paganismo habían puesto la mirada en él que consideraban como presunto heredero de la corona. Él tampoco perdonaba medio para complacerlos, y se mofaba en su presencia de los cristianos, divididos entre sí. Habiendo vuelto á la corte, consiguió captarse con sus hipócritas adulaciones el cariño de Constancio, que le nombró César en 357, y le honró poniéndole á la cabeza del ejército en una expedicion contra los francos y los germanos.

En la Galia, Juliano se hizo amar de los soldados, á la vez que procuraba enervar con la embriaguez y los placeres á los miembros de su consejo de guerra, para poder quejarse de su molocia ante Constancio. Su proclamacion como Augusto estaba preparada desde hacia mucho tiempo. Nada hizo para oponerse á ella, y salió de la Galia para marchar contra Constancio. Había consultado á Júpiter, y el augurio fué favorable para él. Poco ántes había manifestado al emperador, el cual pedía tropas para combatir á los partos, que de la Galia no podia separarse al ejército; sin embargo, salió al frente de éste, y marchó contra su legítimo soberano, cuya muerte fué la única que pudo impedir la guerra civil.



## OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 6.

Juliani Op., ed. Petav., 1583; ed. Spanhem, Lips., 1696, t. II, in-fol. Cartas de Juliano, en Muratori, Anecd. gr., p. 326 et seq.; Jul., Ep., acced. fragmenta breviora, Mogunt., 1828; Op., ed. Hertlein, Lips., vol. II, 1876; Am. Marellini, Hist., lib. XVI-XXV; Liban., Orat. parent. Eunap.; Vita Sophist.; Zosim., III, p. 9; Greg. Naz., Or. contra Julian., I et II (ed. Maur., Or., IV, 5); Soer., III, I et seq.; Soz., VI et seq., 16; Theod., III, 2 et seq.; Tillemont, Memoires, t. VII, p. 322 y sig.; De la Bletterie, Vida del emperador Juliano, Amst., 1735; Card. Gerdil, Consideraciones sobre Juliano (Op., X, p. 57 et seq., ed. Rom.); Stolberg, part. XI, p. 316 y sig.; Katerkamp, II, p. 257 y sig.; Neander, Kaiser Juliano u. sein Zeitalter, Leipzig, 1812; Jondot, Historia de Juliano, Paris, 1817; Ullmann, Greg. v. Naz., Darmstadt, 1825; Van Herwerden, De Juliano imp. relig. chr. hoste eodemque vindice, Lugd. Batav., 1827; Wiggers, Julian. der Abtrünnige (Illgens Ztschr. f. hist. theol., vol. VII, p. 115 y sig.); Straus, Der Romantiker auf dem Throne, Mannh., 1847. — Civilta cattolica, 1853, ser. II, vol. II, n. 75, p. 241 et seq.; Auer, Kaiser Julian. der Abtrünnige im Kampfe mit den Kirchenvätern seiner Zeit, Viena, 1855; A. Broglie, loc. cit. (§ 1), vol. III, IV; C. Semisch, Julian., Breslau, 1862; Lübker, K. Julians Kampf u. Ende, Hamb., 1864; Mücke, Fl. Claud. Julian., Gotha, 1869.

## Juliano emperador.

7. Entonces Juliano arrojó su máscara de cristiano, restableció las fiestas paganas, levantó de nuevo las estatuas de los dioses, y se propuso devolver su primer brillo al antiguo culto romano. El nuevo emperador hizo su entrada en Constantinopla el 11 de Diciembre de 361. El cristianismo, al cual no conocía sino por las acusaciones de los arrianos, ni había juzgado jamás con imparcialidad, llegó á ser objeto de todos sus sarcasmos, mientras que se manifestaba compadecido de las persecuciones sufridas por el paganismo, y le tributaba muestras de respeto. Intentó resucitarlo sobre las bases del neoplatonismo, mezclando en él algunos elementos cristianos, como medio de debilitar la influencia moral del cristianismo. El genio pagano se agitó con nueva vida y reunió todas sus fuerzas; pero estos esfuerzos no eran más que los accesos desesperados de un moribundo, los últimos fulgores de una llama que se extingue.

Juliano intentó restablecer el orden de cosas que existía bajo Diocleciano; abolió en el ejército los emblemas del cristianismo (el lábaro); arrebató á las iglesias y á los clérigos sus privilegios; quitó tambien las donaciones que se les habían hecho de los bienes de los templos paganos y de los municipios; alejó cuanto pudo á los católicos de los cargos públicos, y con diversos pretextos hizo someter al tormento á

cristianos notables. Mientras que soltaba las riendas al furor, por largo tiempo contenido, y al fanatismo de los gentiles, y les dejaba satisfacer su rabia contra los cristianos, especialmente en Alejandría y en Bostra; mientras que los prefectos podían condenar á muerte á los fieles, según su capricho, como hizo Apoloniano en Roma, el mismo satisfacía su resentimiento personal, desembarazándose de aquellos que le habían ofendido ú hecho objeto de sus mofas.

Para burlarse de los fieles, á quienes daba los nombres de galleos y de impíos, utilizaba todas las cosas como medio, sus cartas lo mismo que sus edictos. Les prohibió enseñar las letras á fin de condenarlos á la ignorancia y exponerlos al ridículo. Los paganos mismos hallaban esta conducta excesiva y despreciable; muchos sacerdotes cristianos intentaron suplir con diferentes producciones la ausencia de la literatura clásica, haciendo así esta privación ménos onerosa á sus hermanos. Probaban bastante con esto que no eran enemigos de aquella. Los galleos, en opinion del emperador, debían contentarse con su Mateo y con su Lucas; pero nada tenían que ver con los autores clásicos.

Juliano, cambiando en seguida de táctica, prometió igual tolerancia á los católicos, y á todas las sectas, como donatistas, arrianos, novacianos, etc., esperando que en sus luchas reciprocas concluirían por devorarse unos á otros. Con este designio llamó á los Obispos y sacerdotes desterrados, empleando á la vez todos los medios posibles para hacerlos odiosos y despreciables. Logró arrastrar á la apostasía á muchos cristianos de nombre; combatió á la religion de la Cruz, que aborrecía sin comprenderla, en una multitud de cartas, edictos, discursos, himnos, tratados y sátiras; se mofó de los emperadores cristianos sus predecesores, hizo victimas de sus bufonadas á los habitantes de Antioquia, y atacó al cristianismo en una obra en ocho libros.

## ADICION.

Luégo que Juliano, dice San Crisóstomo, publicó su edicto para el establecimiento de la idolatría, se vió acudir de todas las partes del mundo á los mágicos, encantadores, adivinos, augures y á cuantos se dedicaban á la impostura ó al engaño; de suerte que todo el palacio se encontraba lleno de gente sin honor y de vagabundos. Los que desde mucho tiempo ántes estaban reducidos á la última miseria; los que por sus sortilegios y maldicciones habían languidecido en las prisiones y en las minas; los que arrastraban á duras penas una vida miserable, dedicados á los más bajos y vergonzosos oficios, todos éstos, erigidos en pontífices y sacerdotes, se vieron en un instante colmados de honores. El emperador, desdenando á los generales y magistrados, y sin dignarse siquiera dirigirles la palabra, llevaba consigo por toda la ciudad un cortejo de jóvenes entregados á una vida licenciosa, y de cortesanas que acababan de abandonar los lugares infames



de su prostitucion. Sólo de muy lejos seguían al emperador su caballo y sus guardias, mientras que esta infame gente rodeaba su persona, y se presentaba en primera línea en las plazas públicas, diciendo y haciendo todo lo que puede esperarse de personas de este jaez.

(Nota del traductor francés.)

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 7.

Juliano decía del cristianismo, imitando el «Veni, vidi, vici» de César. «Legi intellexi, condemnavi» (ἀπέγραψα, ἔβλεπον, ἀπέκρινον); á lo que los Obispos habrían, respondido: «Legisti, sed non intellexisti; si enim intellexisses, non damnasses.» (Sozom., V, 18.) La astucia que empleaba Juliano para perseguir y extirpar á los cristianos (Naz., Or., IV, n. 62-65, p. 106 y sig.), hace decir á Gregorio de Nazianzo (Or. xxxii in S. Athan., n. 32, p. 407), que su persecucion habia sido la más cruel de todas (cf. Or., XLII, n. 3, p. 750). Segun él (Or. IV, n. 93, p. 127), Juliano consideraba como una bagatela el que un pagano matase á diez cristianos. En Antioquia, Juvenitino y Máximo fueron martirizados por orden suya. Theod., III, 11; Chyrs., Or. in sanct., Mart. Juv. et Max. (Migne, t. I, p. 571-578). Habiendo hecho sufrir el prefecto Salustio aterrorizados suplicios al jóven Teodoro, esto desagradó al emperador, que toleraba por otra parte tantas crueldades. Theod., loc. cit., III, 7. Roma vió morir á Juan y á Pablo (Tillemont, VII, 350), Dalroso, Bibiana, Demetrio (Sur. d. 2 dec.). Sobre la prohibicion de enseñar impuesta á los cristianos (cf. Julian., Ep. xxii), Amiano Marcelino decía, xxii, 10: «Illud autem erat inclementer, obtrundum perenni silentio, quod arcebat docere magistros rhetoricos et grammaticos ritus christiani cultores.» Cf. xxv, 4, en donde las mismas palabras son repetidas, con estas frases: «ni transissent ad nomen cultum.» August., De civitate Dei, XVIII, 52; Nazianz., Or., XLIII (al. 20), n. II, p. 778, etc. Véase mi artículo en Vürzb. katb. Wochenschr., 1853, I, p. 312 y siguientes. Sobre el llamamiento de los Obispos desterrados, Am. Marcell., xx, 5; Soz., V, 3; Chyrs., De S. Babyla (Migne, t. I, p. 568).

Persecucion del cristianismo bajo Juliano.

8. No solamente fueron abiertos de nuevo los antiguos templos y se reclamó á los cristianos los que se les habian donado, sino que fueron erigidos otros nuevos donde se celebró el culto pagano con pompa hasta entonces desusada. El emperador, en su calidad de Sumo Pontífice, se mostró muy activo. No dejó, sin embargo, detomar de las instituciones cristianas muchas ideas, á fin de reanimar el paganismo espirante, rindiendo así al objeto de sus odios un homenaje involuntario. En una carta dirigida al pagano Arsacio, que desempeñaba en la Galia las funciones de gran pontífice, trazaba sobre la conducta de los sacerdotes prescripciones imitadas de los cánones cristianos; les prohibía frecuentar los teatros y posadas, así como toda especulacion torpe. Obligó á los sacerdotes paganos á dedicarse á la predicacion, cosa hasta entonces

inaudita, á enseñar el neoplatonismo y á explicar los mitos en sentido alegórico é ideal. Intentó además introducir el canto en los oficios religiosos, organizar una disciplina penitenciaria é instituir tambien una especie de monaquismo pagano. Quiso crear una jerarquía cuyos miembros habían de estar enlazados entre sí por cartas de comunión y de recomendacion. El emperador, jefe supremo del órden jerárquico, no se olvidaba de atribuirse el derecho de excomulgar á sus súbditos, porque á todo trance queria oponer una iglesia pagana á la cristiana. Si Tertuliano hubiese vivido en aquel tiempo, habria repetido: «El diablo es el mono de Dios y del cristianismo.»

Hizo construir además, á expensas del Estado, establecimientos de beneficencia, y sobre todo, hospicios para los viajeros, á fin de que la caridad de los galileos no fuese por más tiempo motivo de confusion para los partidarios de la idolatría<sup>1</sup>. Pero en vano intentó reanimar el celo de los sacerdotes idólatras y de la muchedumbre; en vano desplegó todos sus recursos de escritor, legislador y pontífice máximo. El entusiasmo religioso de los gentiles estaba extinguido para siempre, y Juliano durante la corta duracion de su reinado no pudo dar sino una apariencia de vida al helado cadáver del politeísmo. Los templos permanecieron desiertos, y los sacerdotes siguieron siendo viciosos; los paganos mismos se mofaban de las carnicerías decoradas con el nombre de sacrificios, de las supersticiones ridiculas y de la vanidad pueril del emperador. Por lo demás, Juliano poseía cualidades de hábil soberano; refrenó el lujo de la corte y se mostró infatigable en el trabajo. Nada economizó para realizar la restauracion del paganismo, su plan favorito.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 8.

Naz., Or. IV, n. 56 et seq.; Soer., III, 12; Soz., V, III, 6; Am. Marcell., lib. XXI, 1; XXV, 4; Prudent., Apothecos., vers. 450 et seq.; Julian., Ep. XLIX.

1. «Fijemos nuestras miradas, decía él á sus pontífices, en los medios por los cuales se ha multiplicado la impia secta de los galileos, es decir, en su humanidad hacia los extranjeris, en su celo por sepultar á los muertos, en la cantidad de vida que aparentan. Soy de opinion que pongamos en práctica todo esto.

• Exhortad á cada sacerdote de los dioses para que no asista á los espectáculos, ni baba en las tabernas, ni ejerza arte alguna sórdida ó infama. Honrad á los que sigan esta conducta y rechazad á los que no se conformen con ella.

• Estableced en cada ciudad muchos hospitales, donde los extranjeris sean recibidos con bondad, y no solamente los de nuestra religion sino tambien los otros que se hallan en la indigencia. . . Sin duda sería muy vergonzoso que mientras que no se ve mendigar á ningun judío, mientras que los impios galileos alimentan no solamente á sus pobres sino tambien á los nuestros, dejásemos nosotros carecer de los auxilios necesarios á aquellos de nuestra religion que se hallan en la miseria.»



## Juliano quiere reconstruir el templo de Jerusalem.

9. Juliano, que anhelaba borrar de su frente el sello del bautismo por medio de sacrificios, invocaciones y sobre todo de sangre, favorecía á los judíos en odio al cristianismo, y les ordenó reconstruir el templo de Jerusalem, con el fin de confundir la profecía de Jesucristo. Los judíos acudieron de todas partes de la tierra, presentaron ricas ofrendas, acopiaron materiales y recibieron del Estado todos los auxilios necesarios; pero un terremoto, acompañado de ardientes llamas que brotaban del suelo, hirió ó mató á los obreros; fué preciso suspender entónces, sin esperanza de acabarla, obra tan laboriosamente emprendida. Dícese también, que una cruz apareció en el cielo para hacer patente el triunfo de la Iglesia, triunfo tanto más brillante, cuanto que ni paganos ni judíos negaban aquel hecho, cualquiera que fuese la explicación, que tratasen de darle. En cuanto á atribuirlo á una explosión del aire inflamable, encerrado en las bóvedas del templo, es suponer una cosa casi imposible. Los cristianos contemporáneos podían invocar públicamente este hecho en toda la extensión del Imperio, sin hallar un solo contradictor.

## OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 9.

Sobre el deseo de Juliano de borrar de su frente el sello del bautismo: Naz., loc. cit., n. 52, p. 101; Soz., V, 2. — Reconstrucción del templo de Jerusalem, Am. Marcellin., lib. XXIII, 1; Julian., Ep. xxv; Fragm., p. 265, ed. Spanh.; Rabbi Gedalja en el Schalscheleth hakkabba, f. 89, 2; Naz., Or. 5, n. 4, p. 149; Chrys., Hom. contra Jud., et quod Chr. sit Deus, n. 16; in S. Babyl., n. 22; Expos. in Ps. cx, n. 4, 5; Hom. iv, in Matth., n. 1; Hom. xii in Act., n. 3 (Migne, t. XLVIII, p. 835; t. I, p. 538; t. LV, p. 285 y sig.; t. LVII, p. 40 et seq.; t. LX, p. 291); Ambros., Ep. xxix, ad Theod., Soer., III, 20; Soz., V, 22; Theod., III, 15 (al. 20); Rufino, X, 37; Philost., Hist. eccl., VII, 914 (Migne, t. LXV, p. 546, 552); Niceph., X, 32, 33; Dieringer, System der göttl. Thäten, I, p. 380 y sig. — Acontecimientos de Antioquia, Theod., III, 6, 14 (al. 9, 17); Chrys., Hom. in S. Babyl., loc. cit.; Philot., loc. cit., cap. VIII, XII; Maris de Calcedonia, Soer., III, 12.

## Muerte de Juliano.

10. Poco tiempo despues, Juliano hubo de prepararse para una expedición contra los persas. Como necesitaba dinero, impuso gravosas multas á los que rehusaran sacrificar á los dioses. El furor de los paganos contra los fieles no tuvo ya límites, y se asegura que los artúspices llegaron hasta el extremo de dar la muerte á niños arrebatados á sus padres cristianos. Cegado por su orgullo, el cual alimentaban los oráculos y adivinos, persuadido de que había pasado á él el espíritu del

grande Alejandro, Juliano había despedido de un modo ignominioso á los embajadores persas, rechazando, una vez declarada la guerra, todas las proposiciones de paz. Murió en 363; despues de reinar tres años, á consecuencia de una herida que había recibido, y exclamando al exhalar el último suspiro: «¡Venciste, Galileo!» En efecto, el «Hijo desdenado del carpintero» había hecho rodar por el polvo á este temible hijo de los hombres, y de nuevo respiró la Iglesia libre de una multitud de miembros gangrenados, ilustrada por nuevos héroes, probada una vez más en el fuego de la persecución, plenamente justificada contra las pretensiones de un tirano, cuyas infamias puestas al servicio de persecución, no fueron plenamente descubiertas al mundo hasta despues de su muerte.

## OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 10.

Theod., III, 20; Soz., VI, 2; Soer., III, 21; Naz., Or. xxi, n. 33, p. 407 et seq.; Or. v, n. 13, p. 155; Or. iv, n. 92, p. 126. Cf. Theod., III, 21, 22.

## Particularidades del reinado de Juliano.

11. El reinado de Juliano es notable, sobre todo, por el hecho de haber intentado este emperador presentar á los cristianos como sediciosos y rebeldes. Semejante á aquellos que mezclan el veneno con el alimento, á fin de matar con mayor seguridad, se propuso identificar el respeto debido al emperador con el culto de los falsos dioses, y confundir su adoración con las leyes del Estado. Esto es lo que Gregorio Nazianceno <sup>1</sup> hace resaltar principalmente contra él, y lo que constituye á Juliano en el modelo y precursor de los legisladores «tolerantes y liberales» de siglos posteriores. Las efigies del emperador debían figurar en la misma línea que la de las falsas divinidades, y los cristianos se veían en la alternativa de aparecer como apóstatas del cristianismo si honraban la estatua del emperador, ó de pasar, si lo rehusaban, por sus enemigos é incurrir en el delito de lesa majestad. Los más perspicaces pusieron de manifiesto este ardid y expiaron cruelmente su penetración; algunos perdieron la libertad y la vida so pretexto de haber despreciado al emperador, cuando en realidad, dice Gregorio de Nazianzo, ellos se exponían á los más graves peligros por servir á su verdadero soberano y permanecer fieles á su religión.

En cuanto á las gentes inexpertas, muchas cayeron en el lazo tendido

<sup>1</sup> Orat., IV, cap. LXXXI.



por Juliano. Esta conducta, indigna de un príncipe, bastaría por sí sola para imprimir á su nombre una mancha indeleble. ¿No era cosa repugnante colocar delante de un simple soldado en presencia del emperador, oro, incienso y fuego, y oír que la multitud rogaba á este soldado quemase el incienso en honor del soberano, á fin de recibir en seguida el oro de sus pródigas manos, pero exponiendo con ello la salvación de su alma? «¿Qué legiones de persas, qué arcos, qué hondas, qué armas, qué aparatos de guerra, qué arietes habrían podido jamás producir en estos valientes soldados los efectos que ha podido hacer una sola mano, una sola hora y una sola proposición infame?»<sup>1</sup>.

Cuando más tarde los camaradas de estos mismos guerreros, viéndoles hacer en un festín la señal de la cruz, les preguntaban cómo podían invocar todavía á Jesucristo despues de haber renegado de él, al saber estos guerreros que el acto solemne que habían verificado delante del emperador era una apostasia, abandonaban al instante la mesa y, trasportados de justo furor, corrían á través de las calles protestando de que eran cristianos y que jamás habían pensado romper por aquel acto sus votos; qué era su mano y no su corazón la que había pecado y engañado al emperador, y que estaban dispuestos á lavar esta ignominia con su sangre. Arrojabán el oro en presencia del emperador y decían: «Nosotros no hemos recibido presentes, sino una sentencia de muerte; no somos llamados á los honores, sino condenados á la infamia. Mostraos, oh emperador, favorable á vuestros soldados; inmoladnos por el Cristo á quien nosotros sólo queremos servir. Dadnos fuego por fuego, y en cambio del incienso que hemos convertido en ceniza, reducid á ceniza nuestros cuerpos. Cortad estas manos criminales que hemos tendido, estos pies que nos han conducido á nuestra perdición. Reservad vuestro oro para aquellos que no se arrepientan de haberlo recibido. En cuanto á nosotros, Cristo nos basta y reemplaza todo lo demás.» Tales son los sentimientos cristianos que se manifestaban en el ejército y que brillaron todavía más despues de la muerte de Juliano.

## ADICION.

(Pintura de Juliano el apóstata, por San Gregorio Nacianzeno.)

Véase aquí el retrato que nos ha dejado del apóstata este insigne Santo, que lo conoció en Atenas cuando fué á esta ciudad, desterrado por Constancio:

«Era de mediana estatura, el cuello grueso y anchas las espaldas, que alzaba y movía con frecuencia, así como la cabeza. Sus pies no eran firmes ni segura su

1. *Orat.*, IV, cap. lxxxiii.

marcha. Sus ojos eran vivos pero torcidos y extraviados, la mirada furiosa, la nariz disdenciosa é insolente, caído el labio inferior, la barba erizada y puntiaguda; hacia gestos ridículos y signos de cabeza sin objeto, reía sin medida y á grandes carcajadas; deteníase al hablar para tomar aliento; hacia preguntas impertinentes y daba respuestas atropelladas que nada tenían de firme y de médico.

## OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 11.

*Naz.*, Or. IV, n. 81 et seq.; *Theod.*, III, 13 (al. 16, s. 17.)

## Nuevas medidas de los emperadores contra los paganos.

Joviano, Valentiniano y Valente, Graciano y Valentiniano II, Teodosio.

12. Con Juliano se extinguió la familia de Constantino. Cuando Joviano, hombre de carácter dulce y reservado, fué proclamado emperador por el ejército, dijo á los soldados: «yo no puedo reinar sobre vosotros, porque soy cristiano;» la mayoría respondió: «nosotros tambien lo somos.» Joviano aceptó, y despues marchó en busca de los persas, obligándoles á solicitar la paz que les otorgó por veinticinco años. Aunque celoso cristiano usó, sin embargo, de tolerancia con los idólatras; prohibió solamente la magia, y restituyó á los fieles muchos privilegios que les había quitado Juliano. Algunos meses despues, este excelente príncipe era arrebatado por la muerte (364).

Los soldados eligieron en seguida á Valentiniano, panonio muy experto en la guerra, que treinta días más tarde asoció al imperio á su hermano Valente, encargándole el gobierno del Oriente. Valentiniano I (364-375), que era católico, no usó de coaccion en materia religiosa; su hermano Valente, arriano, otorgó á los idólatras y judíos la libertad completa de religión; únicamente los católicos fueron exceptuados. Sin embargo, persiguió á los partidarios de Juliano, especialmente á los sacerdotes de los ídolos, los retóricos y sofistas y dejó en reposo á los demás paganos. Fué cruel y perjuro con el usurpador Procopio. Estos dos emperadores promulgaron una ley severa contra los misterios nocturnos y los sacrificios de animales; pero inmediatamente fué abolida para la Grecia. En las ciudades las filas de los paganos se aclaraban de día en día; el mayor número vivía en los campos y apartadas aldeas (*pagani, paganienus*.)

Valentiniano I tuvo por sucesores en Occidente á sus hijos Graciano y Valentiniano II (375-392). Este último no fué al principio emperador sino de nombre, porque sólo contaba cuatro años. Convertido en único soberano despues de la muerte de Valente (378), Graciano asoció al im-



perio á Teodosio, excelente capitán, español, que reinó en Oriente (379). Mientras duró la guerra con los pueblos bárbaros, y especialmente con los godos, los paganos fueron generalmente tolerados. Sin embargo, Graciano depuso las vestiduras de pontífice máximo, hizo quitar del Senado romano el altar de la Victoria y retiró á los sacerdotes paganos y á las vestales los subsidios que recibían del Estado. Después del asesinato de Graciano (383), el usurpador Máximo se afirmó en la Galia, desde donde amenazó á Valentiniano II, que estaba á la sazón bajo la tutela de su madre Justina; fué vencido en 378 por Teodosio, que aseguró provisionalmente la autoridad del joven Valentiniano en Occidente. Paganos influyentes de Roma, y en especial el prefecto Simmaco, trabajaron en vano con sus escritos y embajadas para obtener la supresión de los edictos de Graciano. San Ambrosio, Obispo de Milan, contribuyó mucho á sostener estos edictos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 12.

Socr., III, 22, 24 et seq.; Soz., VI, 3; Theod., IV, 1, 4; Rufin., XI, 1; Themist., Or. ad Jov.; Or. v, p. 83. — Am. Marcellin., xxvi, 10 et seq., xxx, 9; Theod., IV, 5, 11 et seq.; Socr., IV, 5, 8 et seq.; Soz., VI, 9; Naz., Or. XIII in laud. Basil., Zosim., IV, 3, 8; Cod. Theod., IX, 16, 7. El nombre de *paganus* es empleado oficialmente, 368, Cod. xvi, 2, 18, y más adelante, lib. XI, *ibid.*, an. 412. Aug., Retr., II, 43: «*Deorum falsorum cultores, quos *visitato nomine paganos* vocamus.*» Cf. De op. monach., cap. II; Oros., Pref. hist.; «*Qui alieni a civitate Dei ex locorum agrestium campis et pagis *paganus* vocantur sive *gentiles*.*» C. Mar. Victorin., in Gal., lib. II (Má, V. Scr. N. C., III, II, p. 129): *Græci, quos paganos vocant.* De homousio recipiendo, cap. I: *Græci, quos Hellenas vel paganos vocant, multos deos dicunt;* en Tert., De cor. mil., cap. XI: «*Fidelis paganus.*» y: «*Apud hunc (Jesus) tam milites est paganus fidelis, quam paganus est miles infidelis.*» En otro tiempo el *paganus*, = non militans, «*πρόδρομος*, no combatía. Cf. Plin., I, VII, ep. xxv; lib. X, ep. xviii. — A los que objetaban que había aún sin embargo ciudades adeptas á la antigua idolatría y á la superstición, San Crisóstomo (De S. Babyla, Migne, t. L, p. 544), respondió que eran poco numerosas, que debía atribuirse á la influencia de los ciudadanos ricos que seducían á los pobres, á la inmoralidad, á la multitud de diversiones cotidianas, y á las numerosas ocasiones que conducían al vicio. — Sobre Graciano, Zosim., IV, 36; Auson. Grat., Act. ad Grat.; cap. x, xii; Theod., V, 1, 12 et seq.; Cod. Theod., XVI, 10, 20; J. A. Bosius, de pontificatu max. imp. præcipue christ. (Graevii, Thes. ant. rom., V, 270); Civiltà cattolica, 1855, ser. II, vol. IX, p. 205 et seq.; 515 et seq. — A. Symmachi Epist. et orat., ed. Mog., 1608, ed. (Paris) Francoz., 1642. Contra Symmaque, Ep. x, 54, 56, 61 véase San Ambrosio, Ep. xvii, xviii; Prudent., *Lib. II cont. Symm.*; Schmieder, Des Symmachus Gründe und des Ambrosius Gegengründe, Halle, 1790 — Villemain, De Symmaque et de Saint Ambroise (Mélanges, II, 96 et seq.)

13. En Oriente, Teodosio, católico decidido, habla adoptado severas

medidas para abolir el paganismo. Quitó el derecho de testar y de heredar á todos los que se apartaban de la Iglesia para hacerse paganos, y prohibió toda apostasía de este género (381 y 383). Vedó el ofrecer sacrificios con el objeto de descubrir lo futuro. Muchos templos paganos fueron, ó destruidos por instigación de algunos monjes, animados de excesivo celo, ó convertidos por los Obispos en templos cristianos. La apología de Libanio careció, pues, de éxito; en 386, la clausura de los templos fué prescrita en Asia y en Egipto y en 391 prohibida la visita á los templos. El mismo año fué destruido por Teófilo el magnífico Serapion de Alejandría, á consecuencia de una sangrienta insurrección de los paganos. En 392 el culto de los ídolos fué enteramente abolido, y prohibido bajo las mismas penas que se imponían á los reos de lesa majestad. Este mismo año, Teodosio quedó como único soberano, porque Valentiniano II fué asesinado, á la edad de veinte años, por los partidarios de Arbogasto, general de las tropas francas.

Los paganos de Roma alcanzaron un postrer triunfo cuando Eugenio, revestido de la púrpura por Arbogasto, y proclamado emperador, dejó al prefecto Nicomaco Flaviano restablecer las insignias militares del paganismo, y restauró el culto de los ídolos. Las victorias de Teodosio pusieron término á este efímero triunfo. Teodosio el Grande entró en Roma el 394, y en un discurso enérgico exhortó al Senado á repudiar para siempre el infame culto de los ídolos. Muchos paganos se convirtieron, y desde Teodosio fué realmente cuando el cristianismo llegó á ser religion del Estado en el Imperio romano. Si se exceptúa algunos arrebatos de cólera, Teodosio fué un alma noble y generosa, un valiente capitán y un gran legislador. En 395, al caer en el lecho de muerte exhortó á sus dos hijos, entre los cuales dividió el Imperio, á vivir como perfectos cristianos, asegurándoles que la piedad les traería la paz, que la guerra acabaría pronto con la derrota de su enemigo, y que serian verdaderamente victoriosos.

ADICION.

*Conversion de Roma.*

«*Hubierais visto á los padres conscriptos, dice Prudencio, á estas brillantes humbreras del mundo, entregarse á transportes de alegría; á este venerable consejo de Catones, agitarse revistiéndose el manto de la piedad, más brillante que la toga romana, y deponiendo las insignias del pontificado pagano. El Senado entero, á excepcion de algunos de sus miembros, que permanecieron en la roca Tarpeya, se precipita en el templo puro de los nazarenos. La tribu de Esvandro, los descendientes de Eneas, corren á las fuentes sagradas de los Apóstoles. El primero que presentó su cabeza fué el noble Anicio... así lo cuenta la augusta ciu-*



dad de Roma. El heredero del nombre de la raza divina de los Olybros, cogió en su palacio adornado de trofeos los fastos de su casa, los fascículos de Bruto para depositarlos á las puertas del templo del glorioso mártir y abatir delante de Jesús el hacha de Ausonia.

» La fe viva y pronta de Paulo y de Basso los ha entregado súbitamente á Cristo. ¿Nombraré á los Graecos tan populares? ¿Recordaré á los varones consulares, que rompiendo las imágenes de los dioses, se han consagrado con sus hijos á la obediencia y al servicio del Omnipotente crucificado? Podría contar más de seiscientas casas de raza antigua colocadas bajo sus estandartes. Tendrá la vista sobre este recinto: apenas hallaréis en él algunos espíritus perdidos en los sueños paganos, adheridos á su culto absurdo, complaciéndose en permanecer en las tinieblas y en cerrar los ojos al esplendor de la fe:

Vix paucos invenio gentilibus obsita nugis  
Ingenia, oblitos agre retinentia cultus,  
Et quibus exactas placeat servare tenebras,  
Splendentemque die medio non carere diem.<sup>1</sup>

#### OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 13.

Flechiér, Hist. de Theodose le Grand, nueva edición, París 1776; Stiffken, Diss. de Theod. M. in rem chr. meritis, Lugd. Bat., 1828. Leyes de Teodos., Cod. Th., XVI, vii, 12; x, 7; x, 12-15; v, 19, 43. Cf. lib. II Cod. Just., I, 11, de pag. et sacr. — Soer., V, 16; Soz., VII, 15; Theod., 20 et seq., 26; Rufin., XI, 19, 22 et seq.; Ambros., Ep. xv; Hier., Ep. vii; Zosim., V, 23.

Marcelo, Obispo de Apamea, fué quemado por los paganos al verificarse la destrucción de un templo en Aulon. Un Coneilio de Antioquia (388) prohibía vengar su muerte. Soz., loc. cit., Theod., V, 21. Sobre los paganos de Roma en tiempo de Eugenio, véase el poema hallado en París por Delisle; Rossi, Bull. di archeol. crist., 1868, p. 49 et seq.; cf. Soer., V, 25. San Agustín (De civit. Dei, V, 25 y sig.) confirma las palabras que Teodosio, moribundo, dirigió á sus hijos (Theod., V, 25); muestra con el ejemplo de Constantino y Teodosio que Dios envía grandes prosperidades terrestres á los príncipes verdaderamente cristianos. Alaba especialmente la solicitud de Teodosio hacia Valentiniano II, su amor á los enemigos, la sabiduría de sus leyes, la humildad de su penitencia en Milán, su inalterable adhesión á la Iglesia («cujus Ecclesie se membrum esse magis quam in terris regnare gauderet», V, xxvi, 1).

#### Los hijos de Teodosio I. — Últimos restos del paganismo.

14. De los dos hijos de Teodosio, Honorio reinó en Occidente (395 á 428), bajo la dirección de Stilicon; Arcadio (395-408), y después de él su hijo Teodosio, reinaron en Oriente (408-450). Estos príncipes siguieron las huellas de Teodosio el Grande. Los paganos permanecieron

<sup>1</sup> Aurel. Prudent., *Contra Symmachum, profectum urbis*.

excluidos de los empleos públicos, y la obra de la destrucción de los templos, siguió su curso. Mientras que los paganos propagaban supuestas profecías y aseguraban que el cristianismo no duraría sino 365 años, estaban condenados á verlo más próspero de día en día, á la vez que eran reducidos á polvo sus ídolos y santuarios, según lo hicieron en Cartago los condes Gaudencio y Jovio. Más tarde se decidió que los templos se conservasen cuando eran notables por su valor artístico. Las perturbaciones, los combates ocasionados por la invasión de los pueblos bárbaros, favorecieron frecuentemente á los paganos, que explicaban estos sucesos atribuyéndolos á la cólera de sus dioses; la angustia de los tiempos obligaba á dejarlos en paz. Muchas partes del Imperio quedaron abandonadas, y las leyes imperiales no fueron generalmente observadas.

Es cierto que Teodosio II decía en 423 que dudaba de que hubiese aún paganos en su Imperio; pero no se han de tomar estas expresiones al pié de la letra; solamente significan que su número estaba notablemente disminuido. En cuanto al Imperio romano de Oriente, los siguientes hechos atestiguan bastante que el paganismo no estaba del todo abolido: 1.º subsistía aún clandestinamente en muchos puntos, algunas veces bajo la forma de sectas cristianas, tales como los hypsistarios (adoradores del Dios Supremo), en Capadocia, que habían adoptado las costumbres judías y se acercaban á los africanos adoradores del cielo (*caliastas*) y mesalios (eufemitas); 2.º la escuela neoplatónica de Atenas no fué cerrada hasta el año 529, por orden del emperador Justiniano; 3.º en tiempo de este emperador son descubiertos en Constantinopla misma muchos paganos y vestigios de su culto; 4.º los mainotas, en el Peloponeso, no fueron convertidos hasta el siglo IX; 5.º en Mesopotamia, los arrarianos permanecieron paganos y dieron pruebas de grande terquedad. Cuando el califa Mamun les amenazó con la muerte, en 830, si rehusaban abrazar uno de los cultos tolerados, se declararon sabios (antepasados babilonios de los mendaitas), pero permanecieron entregados al culto de las estrellas y continuaron sus bárbaros sacrificios. Las leyes penales publicadas contra los que volvían al paganismo, contra los usos paganos, los sacrificios y los augures, fueron conservadas, no solamente en el Código Teodosiano, sino también en el Justiniano, que amenazó de muerte á quien sacrificase á los ídolos; después pasaron á las subsiguientes compilaciones legales y hasta á las basílicas<sup>1</sup> del siglo X, y la Iglesia hizo reglamentos sobre las prácticas del paganismo subsistentes aún.

<sup>1</sup> Cuerpo de leyes romanas.



OBRA DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 14.

Lib. III Cod. Just., I, 11 (Aread. et Hon.): «Volumus publicorum operum ornamenta servari.» Paganos en África, August., De civ. Dei, XVIII, 54, l. Ley de 423, Cod. Theod., XVI, x, 22. Cf. Valentin, III, 425; *ibid.*, v. 63. Del reinado de Teodosio II data la leyenda, según la cual, habiéndose dormido siete jóvenes en tiempo de Decio (250) despertaron dos siglos después, y supieron con asombro el triunfo de la Cruz. Greg. Tur., De glor. mart., París, 1640, p. 215. Reineccius, De septem dormientibus, Lips., 1702; Sanct. septem dormient. hist. Rom., 1741.

Los hypsistarios, adoradores del Θεός Ἑπιστορ, ó Θεοιστα, Ἐπιστοι, tenían una doctrina mezclada de persismo y judaísmo. De éste habían tomado las leyes sobre los alimentos y el sábado. Gregorio de Naeciano, padre del célebre teólogo, había pertenecido á esta secta. Greg. Naz., Or. XVIII, n. 5, p. 333, donde se dice que honraban τὸ πῶρ καὶ τὰ λίθια. Según Gregorio de Niza, lib. II Contra Eunom. (Migne, t. XLV, p. 484), le llamaban Dios Ἐπιστορ ó παροικέτωρ, pero no padre. Véase Clemencet, in Nazianz., loc. cit., p. 328; Boehmer, De hypsist., Berol., 1824; Ullmann, De hyps., Heidelb., 1823, y sus notas en Heidelb. Jahrb., 1824; Boehmer, Binige Bemerkn. zu den Ansichten über die Hyps., Hamburgo, 1826; Neander, I, p. 810, n. 5. Según este último, los *calicoles* de África, contra los cuales Honorio publicó leyes (408 y 409, Cod. Theod., XVI, v, 43; viii, 19); provenían de los prosélitos judíos de la puerta, y su bautismo era probablemente el de los prosélitos judíos (comp. lib. XII Cod. Just., I, 9; Basíl., I, 42; Schmidt, Hist. ecclieol., 1704. Se cita igualmente á los abelionianos de África (עבליים אב עבליים, según San Agustín, De har., cap. lxxxvi, de Abel, in Bochart, Geogr. S., II, 16, del árabe theabbala, תבבלי, «ab uxore se continere»). Se abstienen del uso del matrimonio, Aug., loc. cit.; Aug., Prædestin.; Fabric. Cod. pseudopigr. V. T., p. 134 et seq., ed. vet. En Fenicia, había *bocebeles*, nacidos acaso de un antiguo sistema religioso que subordinaba el sabeísmo al monoteísmo, si ya no provenían de un eclecticismo más reciente, San Cirilo, lib. III, De adorat. (Migne, t. LXVIII, p. 282), les señala una posición media entre los judíos y los paganos. Según San Epifanio, Heres. lxxv, l et seq., había allí eufemitas paganos que, admitiendo dioses, no recibían en sus *προσευχαι* más que el «pantocrator», y se reunían, *περὶ πόλιτις ὑπερβίαν καὶ χάριον*. Subordinaban su politeísmo al monoteísmo. Lo que sabemos de ellos conviene completamente, salvo el elemento judaico, á los hypsistarios.

2. La escuela de Atenas contaba entre sus celebridades á Plutarco, Cyrano, Hieracles, Proclo, Marin, Isidoro, Amelio, Olympiodoro, etc. Sobre el fin de la escuela neoplatónica, véase Schule, Agath., II, 30; J. Malala, Chron., II, p. 63, 82, ed. Ven.—Sobre Proclo (412-425), sobre Dámaso, autor de los cuatro libros *Περὶ παραβολῶν* (Phot., cod. 130) y de la vida de Isidoro (Ibid., cod. 242, donde se encuentran también referencias sobre otros filósofos, por ejemplo sobre Teodoro de Esina), Isidoro y Simplicio, véase Neander, I, 452-455.

3. El monofista Juan de Efeso, «jefe de los paganos», fué autorizado por Justiniano para convertir paganos, Assemani, Bibl. Orient., II, p. 85; Schenfelder, Die K. G. des Joh. v. Eph. (A 20). Bajo Tiberio (578-582), Anatolio de An-

tiocua fué condenado á muerte en Constantinopla por causa de idolatría. Evag., V, 18; Baron., 580, n. 2 et seq.

4. Mainottes. Const., Porphyrog., De admin. imper. cap. I, p. 221; Fallmeyer, Gesch. der Halbinsel Morea, I, p. 223, 230.

5. Arranienos, Procop., De bello pers., II, 13; Hottinger, Hist. ord., ed. 2, p. 252, 273, y otras fuentes en Dellinger, Heidenth., p. 403.

6. Cod. Justin., I, 11, 7 et seq.; Phot., Nomocan., IX, 25 (Pitra, II, p. 552 et seq., donde también están indicados los pasajes de las basílicas).

#### Restos del paganismo en Occidente.

15. Lo mismo ocurrió en Occidente. Muchos paganos permanecieron en las islas de Cerdeña y Córcega, mientras que gran número de cristianos recayeron en la idolatría. Lo que movió á Gregorio Magno (594) á enviar misioneros á los apóstatas (barbarazini) de Cerdeña. En 597, este Papa felicitaba á un Obispo de Córcega, llamado Pedro, por el éxito que había obtenido en su isla entre los paganos. Sobre el Monte Casino, en la baja Italia, siguió sacrificándose en un templo de Apolo hasta el momento en que San Benito lo trasformó en una capilla dedicada á San Martín. En Roma, en el siglo vi, se veía aún, además del Panteon, convertido en iglesia cristiana el año 610, un templo de Jano y otro de la Fortuna. Los combates de gladiadores fueron abolidos allí en 404, las lupercales en 495, por el Papa Gelasio, que, sin embargo, se vió en la necesidad de combatir la afirmación del senador Andrómaco y de muchos romanos, de que la destrucción de estos templos traía enfermedades, y sobre todo la peste.

Ya el Imperio romano había sucumbido en Occidente (476), é Italia veía afluir á su territorio poblaciones de muy diverso origen. Estos extranjeros aceptaron en su mayoría las costumbres de los indígenas y abrazaron poco á poco el cristianismo. Sin embargo, aquí como en otras partes, las costumbres paganas continuaron largo tiempo predominando entre los nuevos convertidos. El antiguo paganismo clásico, incapaz de reconquistar su primitivo poderío, sucumbía á su debilidad intrínseca, á su inmoralidad y superstición. Por lo demás, ¿cómo resistir á la actividad de multitud de Obispos y doctores<sup>1</sup>, á la destrucción de los templos, á la desaparición de los sacerdotes de los ídolos, al rigor de las leyes, fortificado además por el privilegio de que gozaban los fieles? Los cristianos también cometieron actos de violencia, tales como la muerte de la famosa Hipatia, que enseñaba filosofía en Alejan-

<sup>1</sup> Es preciso reconocer también que la conducta de muchos fieles era para los paganos motivo de escándalo.



dría. Sin estos excesos de celo, la victoria de los cristianos sobre el paganismo hubiese sido mucho más consoladora.

Los más esclarecidos doctores de la Iglesia, como San Gregorio Nacianzeno, San Crisóstomo, San Agustín, protestaban contra estos abusos para apartar de ellos á los fieles. La Iglesia jamás obtuvo más hermosos triunfos que cuando los suyos no deshonraron su victoria con la crueldad hácia los vencidos. Es preciso añadir, sin embargo, y esta observación es de San Crisóstomo, que jamás ningún emperador cristiano lanzó contra los gentiles decretos tan tiránicos como los que promulgaron contra los fieles los sectarios del demonio; jamás se usó de represalias. La caída del paganismo era inevitable desde el momento en que se permitía al cristianismo respirar y moverse sin obstáculos; los esfuerzos de algunos hombres, aún apoyados en la fuerza intelectual y en la física, nada podían contra la virtud de Dios; el resultado general permanecía siendo el mismo. A pesar de las medidas coercitivas empleadas posteriormente por algunos emperadores, sigue siendo verdad que la Iglesia no ha triunfado sino por la fuerza divina que resalta en ella.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 15.

Córcega y Cerdeña, Greg. Magn., lib. IV, ep. xxiii et seq.; lib. VIII, 1 (ed. Bened., II, 701, 806). P. Martini, Storia eccl. di Sardegna, Cagliari, 1830, I, p. 131 et seq.; Rohrbacher, edic. alem., IX, p. 432-439. Monte-Casino, Greg. Magn., lib. II; Dial., lib. VIII, ep. xviii, ad Svn. Templos de ídolos en Italia, Procop., De bello goth., I, 25, 28; Paul. diacon., Hist. Long., IV, 37. — Lupercales, Gélos., Tract. vi adv. Andromach., Thiel (A 15, n), 1, p. 524-607. Los usos paganos entre los convertidos, Sylvian., De gubern. Del., II, 8. Hipatío, Soer., VII, 14 et seq. Nobles sentimientos hácia los paganos vencidos, Naz., Or., v, n. 33 et seq., 26, p. 169 et seq.; Chrys., De S. Bab., (Migne, t. L, p. 337); Aug., Sermon. xxiv, 62. Véase Néander, p. 150.

Polemistas paganos y apologistas cristianos. — Juliano.

16. La lucha entre el paganismo y el cristianismo, en el cuarto siglo, era una cuestión de vida ó muerte. Así, á pesar de su decadencia, el paganismo entró en campaña armado de todas sus fuerzas. Esta vez el ataque partió de los cristianos: el orgullo que al paganismo comunicaban los recuerdos de su antigua grandeza, le impedía defenderse contra los cristianos, á quienes odiaba. Mientras que pudo, trató de guardar su actitud ofensiva. Juliano desplegó todos los recursos de su ingenio para glorificar al antiguo culto de los dioses y representar al cristianismo como una invención miserable, compuesta de jirones arrancados á judíos y

paganos, al mismo tiempo que le acusaba de conspirar contra el Imperio. Atacó desde luego al Antiguo Testamento, fundamento del Nuevo: era, según él, un conjunto de mitos, referentes al origen del mundo y á la creación del hombre, sobre los cuales Platon había derramado la luz de otras muy distintas doctrinas; enseñaba de Dios cosas completamente indignas de él, como el antropomorfismo; estaba convicto de ignorancia, de parcialidad, de impotencia y de injusticia: su legislación en nada era comparable á la de los griegos, y las obras de los cristianos estaban muy por bajo de las de los poetas y filósofos griegos.

Más violento fué todavía su ataque contra el Nuevo Testamento: Jesús nada grande, nada extraordinario produjo; el evangelista Juan es quien lo ha divinizado. A las obras de este Jesús, muerto sobre una cruz, la antigüedad opone trabajos de mucho más valor: la brillante literatura griega, la universal soberanía de Roma, el desenvolvimiento de un culto grandioso. Su doctrina es completamente impracticable, peligrosa al Estado y antisocial; si todos los hombres la siguiesen, no habría mercaderes, ni ciudades, ni pueblos, ni economía nacional<sup>1</sup>; la vida de los cristianos siempre ha sido inmoral ó insensata; los nuevos cristianos se han convertido en perseguidores de paganos y herejes, lo cual no les habían mandado Cristo ni Pablo, porqueno podían esperar que sus discípulos llegasen jamás á ser tan poderosos. El testimonio de Pablo bastaría sólo para mostrar cuán corrompidos estaban los primeros cristianos. No se pueden aplicar á Jesús las predicciones del Antiguo Testamento<sup>2</sup>, sino violentando el texto. Las genealogías, que traen Mateo y Lucas se contradicen, ó más bien, todos los libros sagrados de los cristianos hierven en contradicciones. Jamás los cristianos han hecho á nadie mejor y más hábil. Todo es ridículo en ellos: el culto de los martires y de los sepulcros, así como el de la Cruz, su invocación de la ley mosaica que no observan, su vana pretension de librarse del pecado por medio del bautismo, y en fin, su fe ciega.

Además de la voluminosa obra que escribió contra los cristianos, compuso Juliano un libelo (*Cesares*), contra Constantino I y Constancio, donde les atacaba en su vida privada, á la vez que en su celo religioso, y blasfemaba contra el bautismo y la penitencia de los cristianos; escribió además otro (*Hisopogon*) contra los habitantes de Antioquia, que se mostraban llenos de fervor y se habían mofado del filósofo imperial.

<sup>1</sup> *Math.*, xix, 24.

<sup>2</sup> *Deut.*, xviii, 18; *Gen.*, xlix, 10.



## OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 16.

Polemistas paganos: Kellner (I, 80); Werner, *Gesch. der apolog.* u. pol. Lit., I, 223 y sig. Ataques de Juliano en Cirilo Alejand., *Adv. Julian.* libri X (Migne, t. LXXVI, p. 489-1058, *Fragm. ex Maio*, p. 1058-1064). Los Paralelos de Juan Damasceno citan asimismo de Cirilo, lib. XI, XII, XV-XIX. No tenemos toda su obra (véase especialmente el lib. II, p. 500). San Jerónimo cita algunos pasajes, así como Pocio, *Amphil.*, q. c, p. 616 y sig., ed. París (q. c, p. 108, ed. Athen.). Sobre la censura sacada de Matth., XIX, 11. La obra citada aquí de Pocio y la de Felipe Sidetes (*Soer.*, VII, 37) se han perdido.

## Jamblico y otros.

17. La lucha fué continuada principalmente por los filósofos neoplatónicos. Después de Jamblico (I, 85), que se dedicaba a la teurgia (arte de ponerse en comunicación con los dioses, por los artificios de la magia y de recibir de ellos fuerzas y conocimientos superiores), muchos otros se aplicaban á idealizar al paganismo y á representar á algunos de sus más eminentes personajes, como seres reputados por dioses, como naturalezas llenas de la divinidad, según lo que Jamblico hacía con respecto á Pitágoras. El libro *Sobre los misterios de los Egiptios*, que algunos atribuyen á Jamblico, seguía el mismo criterio que Luciano.

El sarcástico Luciano encontró un imitador entusiasta en el autor del diálogo *Philopatris*, que se mofa de la Trinidad cristiana, del bautismo, de San Pablo, del estado religioso y de la vida de los fieles. Los neoplatónicos eran los representantes de la literatura pagana de su tiempo; habían renunciado al antiguo y grosero politeísmo, é intentado conciliar la unidad de Dios Supremo con la multitud de dioses y héroes que servían de divinidades intermedias; desterrar con la interpretación alegórica lo que había de chocante en los mitos, y finalmente, reformar la moral en sentido cristiano, rechazando en parte el fatalismo.

Notábase entre ellos un doble movimiento: unos, eran radicalmente hostiles al cristianismo, tales como Proclo, que negaba la creación *ex nihilo*; los retóricos Libanio é Himerio, los historiadores Eunapio y Zosimo, que de un lado censuraban á los fieles de su tiempo su dureza con los paganos, y de otro atacaban la doctrina cristiana misma, como la mayoría de los filósofos de Alejandría, Atenas y Asia Menor. Los otros, por el contrario, presentándose como conciliadores, intentaban suprimir las diferencias que separaban á las doctrinas neoplatónicas de la cristiana y encontrar un camino intermedio. Estos eran propiamente sincretistas. Se puede colocar en esta clase al orador Themistio (hacia

el 390), al filósofo Calcidio, al historiador Amiano Marcelino, á Procopio de Cesárea, que enseñaba en tiempo de Justiniano. Procopio (muerto después de 558), que odiaba y despreciaba con todo su corazón á este emperador, sin dejar por eso de adularle, no era más que un escéptico; sostenía las opiniones más contradictorias, y profesaba un deísmo matizado con cierto fanatismo. Aparte de la omnipotencia y de la sabiduría, nada sabía de cierto sobre la naturaleza y los atributos de Dios. Se puede también señalar en muchos autores cristianos una tendencia sincretética, principalmente en Oriente hacia el v y el vi siglo, pero sin ningún designio de apartarse de la fe cristiana.

## OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 17.

Jamblico, *Περὶ τῶν ἀγίων*; Juan Filopon. (*Phot.*, cod. 215) escribió contra esta obra, op. de *myst. Egypt.*, ed. Gale, Oxon., 1768; Luciani *Philopatris* Op., t. IX, p. 237 et seq., ed. Bipont. Cf. Gessner, *De statet et auctore Dial. Luc. qui Philopatris inscribitur*, *Disp.*, ed. 3, Götting., 1748. Según Niebuhr (*Præf.*, t. XI, *Corp. histor. Byz. Ser.*, ed. Bonn., p. ix), et C.-B. Hafe (*in Leon. dia. Hist.*, et Migne, *Patr. gr.*, t. CXVII; véase Nænder, I, p. 456, n. 1), el Diálogo no habría sido compuesto hasta el 969. Kellner refuta este parecer. Marin ha escrito la Vida de Proclo. Sus 18 Epiqueemas contra los cristianos fueron refutados por Juan Filopon. *De æternit. mundi libri XVIII*, ed. gr., Venet., 1535, lat. vert., J. Mahatius, ed. Lugd., 1557; *Simplicii ἀποκρίσεις*, ed. Ald., Venet., 1526; *Comm. in Epicteti Enchir.*, ed. Schweighæuser. — Hierocl. *jun.*, de provid. et de fato; *Phot.*, Cod. 214, 251, ed. Lond., 1673, vol. II; *De aureis Pythag.*, vers., Rom., 1475; París, 1583; Berl., 1853. — Libanii *orat.*, ed. Reiske, Altenb., 1791-97, vol. IV. Cf. *Phot.*, cod. 90. — Himerii *Soph.*, *orat.*, *Phot.*, cod. 165, 243; *Eunap.*, *Vit. philosoph. et sophist.*, ed. Boissonade, Amst., 1822; *Chron. hist. Cf. Phot.*, cod. 77; *Maï*, *Execr. N.*, col. 2, p. 277 et seq.; *Corp. hist. Byz. Ser.*, Bonn., 1829. Zosimi *Hist. Cf. Phot.*, cod. 98, ed. in *Corp. hist. Byz.*, Bonn., 1837. Véase Kellner, p. 294 y sig.; *Themist.*, *Orat.*, ed. Hard., París, 1684, in-fol. Cf. *Phot.*, cod. 74. — Calcid., *Com. in Platonis Timæum*, ap. Fabric.; *Op. S. Hippol.*, t. II. Cf. *Bibl. lat.*, t. I, p. 506; Moshem., *Animadv. in Cudworth. Syst. intellect.*, p. 732 et seq. — Am. Marcellin., *Rer. gest. libri qui supersunt ex rec. Valesio-Gronov.*, Lips., 1703 (lib. XIV-XXXI). Habla con respeto y alguna vez con admiración de los cristianos y de sus instituciones; pero defiende á los angures, arúspices y dioses, intentando sin embargo transformarlos, idealizándolos. Sobre Procopio, véase F. Dahn, *Prok. v. Casarea*, Berlín, 1865, sobre todo p. 269 y sig., 275 y sig. En el Asia Menor, en tiempos de Juliano, los platónicos tenían en Pergamo una escuela donde enseñaban Edesio, Crisantio, Eusebio, Máximo. Sobre los sincretistas, véase más arriba § 280.

## Ideas de los polemistas paganos.

18. Véanse aquí las principales ideas que los sabios del paganismo alegaban en apoyo de su doctrina: 1.º Dios mismo quiere la diversidad



de formas religiosas, y ésta es hasta necesaria á la prosperidad de la verdadera religion. Muchos caminos conducen á la verdad, y por lo demás, como nunca se puede llegar á una perfecta certidumbre en las cosas de la divinidad, lo mejor es que cada cual se atenga á la religion de sus padres. En cuanto al filósofo, conviene que se ponga por encima de todas estas formas (Simmaco, Proclo). 2.º El cristianismo es intolerante, así con las demás religiones, como con la ciencia; sus partidarios se desencadenan contra los no cristianos y contra sus templos, lo que es contrario al espíritu de su Maestro y de los Apóstoles, que prohibieron la coaccion en cosas de fe (Libanio). 3.º Ellos mismos violan las leyes de su propia religion, y siguen con frecuencia una vida inmoral; su conducta lo atestigua así. 4.º Son responsables de la caída del Imperio romano, al cual los dioses han retirado su favor, despues que el Cristo es adorado. Las calamidades que se han acrecentado cada vez más, demuestran con claridad que la doctrina de Cristo ha sido funesta al Imperio (Eunapio y Zosimo). 5.º Es imposible que un Dios, tal como Cristo, el cual ha aparecido bajo la forma de esclavo y millares de siglos despues de la fundacion de muchos antiguos Estados; que no ha verificado sus obras, sino en un rincón de la tierra, y que además ha sido crucificado, sea el verdadero Dios. 6.º El culto que se tributa á las divinidades y á los héroes es mucho más digno y decoroso que el culto inmoral de los mártires y el respeto que se manifiesta á sus reliquias. 7.º La antigua religion de los dioses es tambien una revelacion divina; tambien tiene sus oráculos, sus escrituras divinamente inspiradas, sus videntes llenos del espíritu de Dios, sus sabios y reformadores; su moral abraza toda la verdad contenida en el cristianismo (Hierocles, Simplicio y Eunapio). Una ley de Valentiniano III y de Teodosio II (449), ordenó que todos los escritos hostiles al cristianismo fuesen entregados á las llamas. Esta ley no impidió que muchos se hayan conservado.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 18.

Razones de los paganos, sacadas, ya de sus obras, ya de las apologías de los cristianos, véase Salustio, *scilicet contra non sapientia*. — Ley de 449, Cod. Just., I, 1, 3.

Los apologistas cristianos.

19. Al lado de estas tentativas para defender y restaurar al paganismo, los apologistas cristianos desplegaron extraordinaria actividad. Despues de Lactancio y Materno, San Ambrosio de Milan fué el que más combatió al paganismo en sus cartas. Desvanece la falsa afirma-

cion de que el hombre debe por sí mismo descubrir la verdad, y demuestra que es tan incapaz de adquirirla por sus propias fuerzas como de darse la existencia, pues de Dios recibe una y otra. Prudencio, poeta cristiano, en sus dos libros contra Simmaco, escritos en hexámetros, pinta el vergonzoso origen y la historia de la idolatria. Es una especie de epopeya bajo forma narrativa y didáctica.

Á fines del siglo IV, los paganos atribuían generalmente los desastres y sufrimientos del Imperio romano al abandono de los dioses y á los ataques dirigidos contra ellos; Orosio, sacerdote español, escribió para desvanecer tan errónea opinion, por encargo del grande Obispo Agustin, su historia del mundo en siete libros, concebida principalmente con un fin apologético. El mismo Agustin compuso su magnífica obra de la *Ciudad de Dios*, comenzada en 413 y terminada en 427. En ella demuestra la vanidad de las quejas de los paganos y las verdaderas causas de la caída del antiguo Imperio, la inconsistencia y fragilidad de la religion y filosofía paganas (libros I—X). Á esta parte apologética y polémica sigue la dogmática y filosófica (libro XI—XXII), donde comparando la Ciudad de Dios con la Ciudad del mundo, las estudia en sus orígenes y progresos (libro XV—XVIII), en su término y desenlace final (libro XIX—XXII).

Á una erudicion variada, junta Agustin vigoroso y metódico procedimiento y feliz imitacion de los antiguos. Rinde justo homenaje al bien natural que encuentra tambien entre los paganos, y sobre todo á la virtud cívica de los antiguos romanos, que Dios recompensó con bienes terrenales; revela profundo conocimiento de la religion y de la historia.

ADICION.

*La Ciudad de Dios de San Agustin y la Filosofía* 1.

Seria difícil citar uno solo de los innumerables escritos de San Agustin donde no se muestre de alguna manera la afinidad entre la fe del cristiano y la razon del filósofo; pero en ninguna parte ha puesto tanto cuidado en demostrarla con tanta fuerza, grandeza y brillantez, como en el célebre libro de la *Ciudad de Dios*, que ha sido generalmente considerado como la última palabra de su genio. Hay de todo en este monumento grandioso é irregular; pero el que se coloque en el verdadero centro de perspectiva, no dejará de reconocer en ella la obra maestra donde San Agustin, despues de una carrera consagrada á reunir los espíritus y pacificar las almas, emprendió el aliar para siempre á la filosofía espiritualista con el dogma cristiano. Esto es lo que constituye la grandeza de la *Ciudad de*

1 Saisset, en el prefacio de su traduccion de la *Ciudad de Dios* (4 vol. en 18.ª biblot. Charpentier).



Dios. Se ha visto en ella con razon el primer ensayo en grande de una filosofía de la historia: pero es algo más, es una filosofía del cristianismo.

Si se quisiera dar un título exacto á la *Ciudad de Dios*, sería preciso llamarla, como lo dice el mismo San Agustín <sup>2</sup>, el *Libro de las dos ciudades*. El asunto de la obra es, en efecto, la lucha entre la Ciudad de Dios y la ciudad del diablo, ó para hablar en términos profanos, es el combate entre el bien y el mal, que forma el fondo de la vida humana y de todas las cosas.

¿Por qué esta lucha? ¿dónde está su origen? ¿cómo sigue su curso á través de los siglos? ¿cuándo ha de tener término? Véanse aquí los problemas cuya solución pide el género humano á la religión y á la filosofía.

El primer principio sobre el cual está de acuerdo la filosofía de Platon con la religión de Jesucristo es que, por encima de las oposiciones de este mundo mundable, por encima de las vicisitudes del tiempo y de las limitaciones del espacio, ántes de la humanidad, ántes de la naturaleza y de toda existencia finita, existe el Sér Eterno, inmutable, fuente única de todos los seres, Dios.

Dios es uno y triple juntamente. La razon de algunos sabios había presentado esta trinidad misteriosa; el Evangelio la consagra, la teología la define, la Iglesia la enseña á todos los hombres.

Dios es, pues, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es decir, que es todo á la vez, el sér, la inteligencia y el amor; pero bajo esta variedad de la naturaleza divina, cuando la razon quiere alcanzar lo que constituye su unidad, su esencia, encuentra que Dios es el bien.

La idea del bien es, pues, la primera de las ideas, como Dios es el Sér primero. Ahora, ella no da á conocer solamente la esencia de Dios y el desenvolvimiento interior de su poder, sino que explica tambien su operacion exterior, que es la creacion.

En efecto, Dios es fecundo y activo, si bien no obra á la manera de los hombres, que agotan en el círculo de un espacio estrecho y en el curso de una existencia fugitiva el desigual esfuerzo de su imperfecta actividad; El obra segun lo que es. Eterno é inmenso, su potencia creadora es independiente del espacio y del tiempo; del seno de su eternidad y de su inmensidad inmóviles nacen por su voluntad el tiempo y el espacio con todos los seres destinados á llenarlos. Pero ¿por qué Dios quiere ser fecundo y creador? Puesto que es perfecto en sí y se basta plenamente á sí mismo, ¿por qué sale de sí y da sér á lo que no lo tenía? Á esta pregunta el cristianismo y Platon, el *Génesis* y el *Tineo* dan la misma respuesta: Dios crea porque es bueno.

Desde la eternidad los tipos de todos los siglos están presentes á la mirada de Dios, porque están comprendidos en su sabiduría, en el Verbo increado, que es el que engendra eternamente y que es el esplendor de su propia esencia. Allí es donde Dios se contempla en sí mismo, y en sí á todos los seres idealmente encerrados en las profundidades de su potencia infinita. Antes de crear y de hacer el mundo, concibió el designio de su creacion, y viendo que esta obra era buena, siendo bueno El mismo, le dió libremente la existencia y la vida.

Pero aquí surge de nuevo, más oscuro y apremiante que nunca, el inevitable problema: ¿de dónde viene el mal? porque si Dios, primero y único principio de

<sup>2</sup> Y estos veintidos libros, dice San Agustín en sus *Retractaciones*, por más que tratan igualmente de las dos ciudades, toman su nombre de la mejor, y son llamados con preferencia libros de la Ciudad de Dios (lib. II, cap. XLIII).

todas las cosas, es por esencia el bien, si no obra sino por bondad, si en fin, no ha creado al universo, sino despues de haberlo concebido como digno de él, es decir, como bueno, parece imposible que el mal se encuentre en esta excelente obra de un principio excelente.

Y sin embargo, el mal existe en el mundo. No pudiendo haber sido puesto por el Criador, es preciso que venga de la criatura. Ahora bien; si intentamos abatear con una mirada el conjunto de los seres que pueblan el universo, vemos que por encima del hombre todas las naturalezas son invariablemente buenas, aunque en grados diferentes. Las más humildes de todas, las que están privadas no solamente de inteligencia, sino de sensibilidad y de vida, contribuyen por su grandeza y sencillez inmóviles á la belleza de la creacion. Otras, con el don de la existencia, tienen el de la actividad. Salen de un germen, crecen, comunican la vida sin saberlo ni sentirlo, así como ellas la han recibido, y parecen para renacer bajo formas nuevas en una constante sucesion. Á estos aspectos tan ricos de la existencia, añádase un atributo más admirable aún: la sensibilidad. De aquí un órden nuevo de naturalezas que se elevan por grados de la sensibilidad á la inteligencia, y desde el despreciable gusano hasta el leon soberbio, ponen de relieve más y más la potencia del Creador. Pero donde resplandee ésta con mayor brillo todavia es en las naturalezas superiores adornadas de entendimiento. Aquí todavia el bien ha sido distribuido en grados desiguales: el alma humana está formada á imagen de Dios; pero la centella de razon que la ilumina está como aprisionada entre órganos corporales. Hay otras naturalezas donde brilla con rasgos más puros aún la imagen del Criador, que son los ángeles. Libres de las trabas del cuerpo y de los sentidos, aunque tengan el poder de manifestarse bajo formas visibles, estos seres superiores no son más que luz, belleza, inteligencia, amor: por encima de ellos no hay otra cosa más que la perfeccion infinita é incommunicable de Dios.

Tal es la magnífica jerarquía de que nos da muestras el universo, y si estas naturalezas, tan diversamente buenas, pero siempre buenas en su especie y su rango, hubiesen conservado la pureza de su origen, es claro que inútilmente se buscaría en ellos la primera fuente del mal. ¿Dónde está, pues, la solución del enigma? Véase aquí: la criatura racional, ángel ú hombre, ha recibido de Dios la libertad.

Satanás ha sido criado bueno, como los otros ángeles; era, pues, en su origen puro, inocente y dichoso; pero era libre y ha caído. ¡Caida irreparable que ha preparado todas las demás!

El estado natural de la criatura angélica consiste en estar unida y como adherida á Dios, porque ¿cuál puede ser la vida de un sér formado de razon y de amor, sino el contemplar la verdad, la belleza, el bien, y hallar en esta contemplacion una perfecta felicidad? Satanás ha gustado esta dicha, y podía haber gozado de ella eternamente. Podía y no la ha querido, ¿Por qué? Porque Satan se ha mirado con complacencia; embriagado con su propia belleza, se creyó igual á Dios, y quiso hacerse independiente de su principio para convertirse en principio y Dios de sí mismo.

El amor de sí mismo le condujo al orgullo, y el orgullo á la rebelion. Véase ya aquí separado de Dios, esto es, de la fuente misma del sér y de la vida, conservando, sin embargo, algunos restos de su grandeza primitiva, pero corrompido en el fondo de su voluntad, orgulloso, lleno de envidia y de odio, malo y desdichado.



Satanás no ha caído solo; ha arrastrado en su caída á todos los ángeles que prefirieron adorarse á sí mismos más bien que permanecer unidos á Dios: «Mientras que unos, fieles al bien que es para todos, el cual no es otro que Dios mismo, permanecen en su verdad, su eternidad, su caridad; otros, embriagados con su propio poder como si fuesen su bien propio, han caído desde las alturas del bien supremo y universal, fuente única de la bienaventuranza, en su bien particular, y recuperando con una elevación nostálgica á la aménamente gloriosa de la eternidad, con una vanidad llena de astucia á la sólida verdad, con el espíritu de partido, que divide, á la caridad, que une, se han hecho soberbios, falaces y atormentados por la envidia. ¿Cuál es, pues, la causa de la bienaventuranza de los primeros? Su unión con Dios. ¿Cuál la de la miseria de los segundos? Su separación de Dios.»

Tal es el origen del mal en el mundo, y aquí comienzan las dos ciudades: por una parte la ciudad del cielo, ciudad de la luz, del amor, de la armonía, de la pureza, de la felicidad eterna; por otra la ciudad del infierno, ciudad de las tinieblas, del odio, de la discordia, de la impureza y de la eterna reprobación. Toda criatura racional y libre tiene que escoger entre estas dos ciudades. ¿Cuál escogerá el hombre?

Inferior al ángel, el hombre fué creado bueno como el ángel. Su alma está en verdad unida á un cuerpo; pero al salir de las manos de Dios, esta alma es inocente, este cuerpo es dócil, y el conjunto de ambas sustancias forma un todo armonioso. ¿Cómo la armonía ha cedido el puesto á la discordia, y de dónde viene esta lucha de la carne contra el espíritu, que será en lo sucesivo la inevitable condición de la vida humana? La razón es, que el hombre es libre y no ha perdido la paz y la felicidad sino porque lo ha querido. El amor de sí mismo y el orgullo han hablado en su corazón. Enamorado de sí propio, en vez de buscar su grandeza en la íntima unión con Dios, la ha buscado en una loca independencia; se ha rebelado. Desde ese momento, el desórden ha pasado á ser la ley de su ser, y la corrupción de la primera pareja humana ha pervertido á toda la especie. Véase á la carne en rebelión contra el espíritu, al espíritu en lucha consigo mismo; al hombre condenado al dolor, á las necesidades, al trabajo, á la decadencia, á la muerte; pero la muerte corporal con sus angustias y desfallecimientos no seríamos que el preludio de otra mucho más espantosa, la muerte del alma, es decir, la sentencia que para siempre la separa de Dios, si las leyes de la justicia eterna no tuviesen un contrapeso en el tesoro de la eterna bondad.

Por encima de nuestras miserias, de nuestras faltas y de nuestros combates vela y obra la Providencia, la cual nada entrega á la casualidad. Al conceder al hombre el don sublime de la libertad, ha previsto sus extravíos, y la misma sabiduría, que permite el mal, dispone todas las cosas para sacar de él mayor bien. La caída de la humanidad no es irreparable; Dios reserva para ella un Salvador; pero la mano de un hombre no puede realizar esta obra. La humanidad, bajo el peso de sus faltas, ha caído en abismos de infinita profundidad, y es necesario un poder infinito para sacarla de allí. ¿Cuál será el Salvador omnipotente, que por una misteriosa intervención pueda renovar el vínculo entre el hombre y Dios, si no es el mismo Dios? Este milagro de amor se ha cumplido; la eterna sabiduría ha descendido á los hombres; el Verbo se ha hecho carne y habitado entre nosotros. Hombre y Dios juntamente, es la senda de salud que lleva hasta Dios al hombre regenerado.

La Encarnación futura del Cristo es la suprema razón de ser del género hu-

mano y es también la antorcha que ilumina la historia entera de sus destinos. Entre las revoluciones de los imperios, la Providencia divina, que dirige según sus designios, el curso de las cosas humanas, se propone por único objeto preparar, proseguir y consumir el reinado de Cristo. Con una mirada inmóvil sigue el torrente de las generaciones humanas, y en esta confusión y tinieblas de la ciudad terrenal, recoge siglo por siglo los miembros futuros de la ciudad del cielo, gloriosos elegidos destinados á reunirse con los ángeles fieles, el día en que toda lucha cese, en que terminen todas las vicisitudes de los siglos, y en que habiendo dado el juez de vivos y muertos á cada uno lo que le corresponda según sus obras, todas las criaturas ocupen el puesto, rango y condición que jamás han de perder.

El destino terrenal del género humano se divide en dos épocas: una que prepara el advenimiento del Hombre-Dios; otra que desenvuelve los efectos de este advenimiento. Antes de Cristo, entre las supersticiones que cubrían al universo, mientras que los pueblos se disputaban en sangrientos combates la posesión de los bienes de la tierra, concedidos por Dios en herencia lo mismo á los buenos que á los malvados, según los impenetrables consejos de su Providencia, que hace lucir el sol y caer la lluvia sobre justos é injustos, un solo pueblo escogido por Dios guardó el depósito de la verdad. Pero además de que los misterios del porvenir no le eran conocidos sino bajo los velos de la palabra de los profetas, la lucha de ambas ciudades estalló en el seno mismo de esta nación privilegiada. La inmolación de Abel es el primer símbolo, y esta víctima inocente anuncia á otra más pura aún, cuya sangre es de incomparable precio. Figurado por la sucesión de los santos patriarcas, anunciado por los profetas, presentado en todo el mundo por la sabiduría de los filósofos y por la inspiración de los poetas, el Hombre-Dios aparece en fin; pasa haciendo bien, siembra la palabra de vida, sufre, muere, y desde lo alto de su Cruz llama y abraza al linaje humano.

Sin embargo, el Imperio gigantesco, que había vencido y reemplazado á todos los demás imperios, vae á su vez. La depravación de las costumbres continúa la obra que las guerras civiles habían comenzado; los bárbaros van á hacer lo demás. En medio de estas ruinas y catástrofes se adelanta la Iglesia. Compuesta en su origen de algunos hombres ignorantes y groseros, perdidos en un rincón oscuro del universo, se acrecienta rápidamente y se propaga entre los pueblos. La herejía no sirve más que para afianzar sus dogmas, y la persecución para multiplicar sus confesores. Lo que había sembrado la palabra de sus Apóstoles, es fertilizado por la sangre de sus mártires. El Imperio la proscribe; ella invade al Imperio; intimida, asombra, subyuga á los bárbaros mismos, y mientras que Roma sucumbe bajo los golpes de Alarico, mientras que á consecuencia de este prodigioso desastre resuena un largo gemido en todo el universo, los hijos de Cristo miran con ojos serenos á la ciudad celestial, adonde son llamados igualmente judíos y gentiles, griegos y latinos, romanos y bárbaros; porque ¿qué son delante de Dios las diferencias de raza, de lengua, de nación? El género humano es uno, y la «Providencia divina, que conduce admirablemente todas las cosas, gobierna la sucesión de las generaciones humanas desde Adán hasta el fin de los siglos, como un solo hombre, que desde la infancia á la senectud sigue su carrera en el tiempo, pasando por todas las edades.»

Tal es el origen, progreso y término de las dos ciudades, cuyo destino se propone narrar San Agustín. Esta filosofía de la historia, fundada sobre la filosofía del dogma cristiano, llena con su desenvolvimiento doce libros de la *Ciudad de*